

EVA VS LILITH: MIRADAS FEMENINAS ANTE EL GOCE SEXUAL Y LA MATERNIDAD

JACQUELINE MICHAELLETH MORENO ANDRADE

Lic. en Psicología por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo. Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el CiES. Doctorante en Investigación Psicoanalítica en el CiES. Consulta privada.

Recepción: 22 marzo 2024/ Aceptación: 19 noviembre 2024

“En dos partes dividida
tengo el alma en confusión:
una, esclava de la pasión,
y la otra, a la razón medida.”

Sor Juana Inés de la Cruz

RESUMEN

La mitología judía plantea que en el origen de los tiempos se crearon dos tipos de mujeres confrontadas como opuestos femeninos, Lilith y Eva. La primera, descrita como desobediente, demoníaca por su libertad y exiliada del paraíso, debido a su negativa de sometimiento a la voluntad masculina representada no sólo por Adán sino por el mismo Dios. Eva, su contraparte, sumisa, devota, extensión de Adán, madre de sus hijos, hija de Dios.

La alegoría representada por esta diada femenina está vigente como se puede constatar en el trabajo clínico. Tanto Eva como Lilith tienen una diferencia fundamental en su goce, se les ha otorgado una forma de desear, organizar su realidad, vivir su sexualidad, amar. En la clínica observamos mujeres escindidas en su feminidad, en la que hay una separación entre el goce de la maternidad y el goce sexual.

En este contexto, surge una pregunta: ¿cuáles son las dificultades que enfrentan estas mujeres para disfrutar y/o desear su realización desde la maternidad, sexualidad, vivencia de la pareja y/o matrimonio? Freud decía, "El gran interrogante que nunca ha sido respondido y que hasta ahora yo no he podido responder, pese a mis treinta años de investigación sobre el alma femenina, es: ¿Qué demanda una mujer?" (262) [1].

Se propone, llegar a la integración de una sola mujer que sintetice la completud de la visión femenina sobre la sexualidad, las relaciones de pareja y la maternidad.

PALABRAS CLAVE: feminidad, goce femenino, maternidad, mujer, psicoanálisis, sexualidad femenina.

SUMMARY

Judaic mythology has shown that since the beginning of time there have been two types of women confronted as feminine opposites, Lilith and Eve. The first, described as disobedient, demonic for her freedom and exiled from paradise due to her refusal to submit to the male will represented not only by Adam but by God himself. Eve, her counterpart, submissive, devoted, extension of Adam, mother of his children, daughter of God.

These feminine positions still in force, have a fundamental difference in their enjoyment, they have been given a way of wishing, organizing their reality, living their sexuality, loving. In the clinic we observe women split in their femininity, in which there is a separation between the enjoyment of motherhood and sexual enjoyment.

The question arises: what are the difficulties that these women face, to enjoy and/or desire their fulfillment from motherhood, sexuality, experience of the couple and/or marriage? Freud said, "The great question that has never been answered and that up to now I have not been able to answer, despite my thirty years of research on the female soul, is: What does a woman demand?" (262) [1].

It is proposed to reach the integration of a single one that synthesizes the completeness of the feminine vision on sexuality, couple relationships and motherhood.

KEY WORDS: Woman, Femininity, Female jouissance, Female sexuality, Psychoanalysis.

RÉSUMÉ

La mythologie judaïque a montré que depuis la nuit des temps, deux types de femmes se sont affrontés comme des opposés féminins, Lilith et Eve. La première, décrite comme désobéissante, démoniaque pour sa liberté et exilée du paradis en raison de son refus de se soumettre à la volonté masculine représentée non seulement par Adam mais par Dieu lui-même. Ève, son homologue, soumise, dévouée, prolongement d'Adam, mère de ses enfants, fille de Dieu.

Ces positions féminines toujours en vigueur, ont une différence fondamentale dans leur jouissance, on leur a donné une manière de souhaiter, d'organiser leur réalité, de vivre leur sexualité, d'aimer. En clinique, nous observons des femmes divisées dans leur féminité, dans lesquelles il existe une séparation entre la jouissance de la maternité et la jouissance sexuelle.

La question se pose : quelles sont les difficultés auxquelles sont confrontées ces femmes, pour jouir et/ou désirer leur épanouissement dans la maternité, la sexualité, l'expérience du couple et/ou du mariage ? Freud disait : « La grande question à laquelle on n'a jamais répondu et à laquelle je n'ai pas pu répondre jusqu'à présent, malgré mes trente années de recherches sur l'âme féminine, est : qu'exige une femme ? (262) [1]

Il est proposé d'arriver à l'intégration d'une vision unique qui synthétise l'intégralité de la vision féminine sur la sexualité, les relations de couple et la maternité.

MOTS CLÉS: Femme, Féminité, Jouissance féminine, Sexualité féminine, Psychanalyse.

INTRODUCCIÓN

El mito de Lilith derivado del texto de Bereshit (génesis) en la Torá, hace referencia a esa primera mujer a quien igualan al hombre llamándola “varona”, la cual, es

precedente de Eva y quien fue hecha con la misma sustancia con la que fue hecho Adán, diferente de la segunda, quien surge a partir de una costilla de su marido y por lo tanto entendida como derivada de él.

De acuerdo con el texto, Lilith es esa mujer que a partir de su separación con Adán parte solitaria e independiente de cualquier hombre. Esa condición de autosuficiencia le vale para ser considerada demoníaca, de hecho, sin existir algún documento que hable explícitamente de ella en cuanto a su vida independiente, es tratada por la tradición oral judía como representante de una feminidad demoníaca, donde se afirma que tras la separación con Adán ella convive con demonios, práctica artes negras y tiene múltiples amantes, en realidad tales afirmaciones suenan al vituperio que de común se hace las mujeres que viven libres y ajenas a sometimientos masculinos, en este caso al de Adán e impuesto por Dios. Caso contrario de Eva, quien, al ser creada de una costilla de él, su naturaleza queda determinada a ser una extensión de su compañero y cumplir gustosamente con su voluntad, asumiendo su rol de compañera y madre de la humanidad.

Algunas religiones apegadas a las tradiciones judaicas –de entre las que destaca la Biblia–, se refieren a Lilith como ese ser maligno, bello, adultero, y erótico femenino, que danza en las azoteas de las casas de hombres solteros y que es encargada de robarse a los hijos de Eva y Adán para después matarlos, mientras que Eva tras la caída de la gracia, se queda al lado de su esposo en su papel de esposa y fundadora materna de la humanidad. Estas historias presentadas como mito de origen y llenas de metáforas y simbolismo, nos muestra la idea de dos tipos de mujeres en apariencia antagónicas. Por un lado, tenemos a la maternal Eva, quien sometida en su lugar de esposa de Adán representa a la mujer conservadora y tradicional, cuyo papel de esposa y madre se plantea en relación a una vida periférica al protagonismo de su marido como eje rector de su vida y de su casa; por otro lado, se nos presenta a Lilith, una mujer que no se somete a voluntades masculinas, ni a la de Adán ni a la del mismo Dios, y quien encuentra en la libertad una forma de vida que no acaba de ser aceptada por sus contrapartes masculinas, pero también, es criticada y señalada por sus pares femeninos quienes ven en ella a un demonio perverso y sobre todo sexual, mirada que

evidencia una óptica masculina rectora y quien tendría el poder de atraer con sus artes de *femme fatale* a los hombres no precavidos quienes caen en sus redes [2].

Pero ¿es acaso que Lilith puede envidiar la maternidad de Eva? O al revés, ¿es Eva quien podría envidiar y desear la liberación sexual de Lilith? ¿Es Adán quien sin saberlo escinde a la mujer? y ¿Eva es la opción lógica de pareja para Adán?, o cumple también sumiso con el deseo de Dios (Deseo del deseo del Otro). De ser así entonces, ¿a cuál en verdad desea?, ¿deseo de qué? Y es que en este mito, que como tal muestra una realidad aunque velada, la mujer podría estar escindida entre esos dos papeles antagónicos: la mujer materna y la mujer sexual. Estos dos papeles las llega a enfrentar tanto en lo externo, como en ocasiones en la interioridad de su propio deseo. Pero, además, pareciera que en algún momento se debiera elegir qué papel desean desempeñar, pues incluso desde su órgano fuente de placer sexual se divide en dos zonas erógenas: el clítoris y la vagina [2]. Uno les permite el éxtasis, placer sexual y el otro es, “lo decible y lo indecible... gozar del cuerpo del otro sexo conduciría a ese otro goce que habitualmente llamamos vagina” (50) [2].

Sigmund Freud [3], señala que, en ciertos hombres, no convergen la ternura y lo sensual, entendiéndose que estos hombres pueden preferir una feminidad como Eva identificando en ella la ternura y una posibilidad de ser la compañera de vida, madre de sus hijos, y distinguiendo en una mujer como Lilith lo sensual, el deseo, con quien descargan su lado más pasional. ¿Será acaso que alguna vez la mujer antes de ser esposa fue esa Lilith y que una vez casada y siendo madre y esposa, se convierte ante los ojos del antes amante y ahora esposo en santa, en la más respetable de todas las mujeres, colocando a su esposa (Eva) en ese lugar, mientras que las demás son potencialmente objetos de una mirada puesta en un deseo más sexual (Lilith)?

Esto nos lleva a preguntarnos; ¿Estas posturas femeninas ante la sexualidad son compatibles? ¿pueden ser unificadas? o son inconciliables ¿Las ópticas de la sexualidad inciden en las formas de llevar a cabo la maternidad? ¿Las formas de concepción y vivencia de la sexualidad femenina pueden conformar conflictos generalizados entre las mujeres?

Es así que el presente texto, abre la interrogante que permita analizar desde la óptica psicoanalítica, las posturas predominantes en la construcción y vivencia del goce sexual femenino y la maternidad, a través de la reflexión desde el andamiaje psicoanalítico y apoyándose en la revisión documental, que nos permita lograr una visión unificadora de dichos conceptos con posibilidad de su aplicación y sentar bases para propuestas de trabajo en la clínica.

En las consultas cotidianas, no es raro que se nos acerquen mujeres teniendo una problemática específica; “mi marido tiene a otra mujer”. Las mujeres en cuestión nos describen relaciones convencionales, donde los maridos cumplen un papel también tradicional de proveedores y compañeros. Comentan cómo sus maridos son amorosos con ellas, y cómo les gusta referirse a ellos como hombres preocupados por el bienestar de su familia, pero también manifiestan una lógica denostación por la otra mujer en cuestión, a quien describen con las características más indeseables que puede tener una mujer: sucias, promiscuas, indecentes, desde su punto de vista lejanas a lo que puede decirse de una “verdadera mujer”. Es por esto que llama la atención, cómo estas mujeres, estas esposas, plantean generalmente una misma duda: ¿Qué tiene ella que no tenga yo? ¿Por qué no puede dejarla? Por otro lado, debemos decir que también a nuestros consultorios, acuden mujeres quienes nos describen las relaciones apasionadas y llenas de emoción y amor que tienen con los esposos de otras, amor pasional del que ellas creen tener el monopolio. Llama la atención cómo describen a estos hombres: atentos, dulces, apasionados, generosos, y a las esposas de estos como: tontas, dependientes, frías, vanas; desde su punto de vista lejanas a lo que puede decirse de una “verdadera mujer”, por lo que en la consulta salta una duda generalizada: ¿Por qué no puede dejar a su esposa? ¿Qué tiene ella que no tenga yo?

Podemos centrar la importancia de este trabajo en vislumbrar, cómo, desde las dos ópticas femeninas anteriormente descritas, se pueden entender las convergencias inadvertidas de ambas posturas y llegar a la integración de una sola que sintetice de

manera más completa la visión femenina sobre la sexualidad, las relaciones de pareja y la maternidad. A final de cuentas, la escisión es metáfora, la mujer si es materna es porque es sexual y en el lecho amoroso Eva y Lilith hacen lo mismo. Sin embargo, en el trayecto, se busca entender qué podría impedir a las mujeres la integración de esas polaridades cuya postura describimos, es decir, disfrutar y/o desear de la sexualidad y la pareja como Lilith y, qué impide a otras, disfrutar y/o desear la vivencia del matrimonio y la maternidad de la manera como Eva. Al final parecería que nuestro tema redundaba en el eje de interés del psicoanálisis, puesto que este caso nuevamente el tema no es otro que el amor y sus diferentes máscaras.

LO FEMENINO

De acuerdo al evangelio de Juan en el principio era la palabra, el psicoanálisis complementa y esta es materna.

Los cuestionamientos sobre la feminidad en el psicoanálisis parecen estar históricamente ligados a las interrogantes sobre la histeria, ya que podemos pensar, que es “a través de sus síntomas histéricos como la mujer llamó la atención sobre su cuerpo” (170) [4]. Fue el cuerpo femenino de la histérica, ese cuerpo que pasó de lo somático a lo erógeno, el que abrió paso a la investigación psicoanalítica, y es a partir de esa posición dicotómica entre cuerpo (soma) y alma (psique), y sobre todo en la interrogante de aquello que une, separa y distingue a ambas, donde el psicoanálisis encuentra su lugar y justificación como disciplina, y es también a partir del estudio de esos cuerpos femeninos aquejados de dolencias imbricadas de deseo y recuerdos donde tuvo lugar el alumbramiento del inédito freudiano, el Inconciente.

Por eso se plantea la duda inicial: ¿qué es lo femenino? Pregunta que no es fácil contestar, ya que desde diferentes perspectivas –incluso dentro de la misma disciplina psicoanalítica– arrojará distintas respuestas y abordajes. Para Lacan, por ejemplo, la mujer es un ser que no se somete totalmente al Edipo [5]. Ello permite cuestionar acerca de la división que hacen las mujeres entre dos goces, el simbólico y el real, con la evidente consecuencia que la hace no estar sujeta a la ley del significante que abriría

la posibilidad de otro goce. Es un real, seguirá diciendo Lacan, que goza de otro goce, adicional al falo [5]. ¿Será la maternidad ese goce del que se habla? ¿Será el goce de la sexualidad? ¿De qué depende que pueda ser uno u otro? Estas interrogantes se complican todavía más, cuando tomamos en consideración que Lacan destaca que la naturaleza de ambos goces no es necesariamente excluyente.

Es en esta división, que Lacan basa sus interrogantes en el tema de la mujer, precisamente entre los dos goces [9], mientras que Freud [1] asentaría las bases del planteamiento al presentar a la niña por la primacía del falo. Es justo ahí, en donde se entiende que la mujer no está sujeta a la ley del significante, que existe la posibilidad de un goce otro [5]. ¿Qué puede perder si no lo ha tenido antes?, pero, por otro lado, qué es eso que tiene, que en teoría todas tienen, qué la hace especial a cada una, única. Cuestionamiento irresoluble por el momento.

Dio Bleichmar [6] señala:

Mientras en el varón, la ley del padre exige renunciar sólo a la madre para tener acceso a todas las mujeres, en el caso de la niña, la prohibición consiste en una renuncia a la sexualidad en su conjunto; no al padre para tener acceso a todos los hombres, sino a la sexualidad en tanto actividad para poder acceder al amor de un hombre y a través del amor gozar de una sexualidad que no amenace el narcisismo del yo-género femenino (374).

Desde esta postura, se puede entender como en las niñas comienza esta búsqueda en apariencia discrepante entre lo sexual y lo amoroso, y, viceversa, pues es a través del amor que logrará gozar de la sexualidad; al mismo tiempo creyendo que un hombre que no es su padre le dará eso que desea y eso fálico que no sabe que desea, pero al mismo tiempo debe no amenazar su narcisismo del yo-género femenino. Es decir, ser mujeres que en aras de una casta honestidad repriman su sexualidad, evitando en toda medida pensarse identificadas con esas otras mujeres, las de la otra clase, aquellas que no renuncian a la sexualidad, sino que la buscan incluso a riesgo de perder en ello esa feminidad que promete el amor casto. Entonces, definitivamente la mujer es colocada en una encrucijada, pues por un lado, no tiene acceso ni a su padre, ni a

todos los demás hombres, si quiere entrar en la sexualidad, tendría que ser a través del amor de un sólo hombre; y, por otro lado, si quiere acceder al amor de muchos hombres será a riesgo de perderse en lo ilusorio del amor que sólo es sexo.

Nora Levinton en el 2000 [7], señala que los ideales y mandatos de género, configuran un ideal femenino que prescribe el cuidado de las relaciones y la valoración de las experiencias emocionales, lo que implica que la amenaza de la pérdida de amor, será lo más temido. Para esta autora, el modelo de feminidad naturaliza la ecuación que implica mujer=madre, dado que la niña, internaliza un superyó asociado a las prescripciones de género, que es una duplicación insistente de fantasmas inconscientes transmitidos a través de las generaciones de un modelo de feminidad que parece tomar la forma de la ecuación mujer=madre.

¿Será cierto lo que asegura Dio Bleichmar? ¿Acaso la mujer, a diferencia del hombre, debe renunciar a la sexualidad? O, ¿habrá feminidades que sigan otros caminos? Y, entonces en efecto, las mujeres, a condición de renunciar al padre de su vivencia edípica, podrán tener acceso a cualquier otro hombre, pero sólo sería para poder ser madre, como si para la mujer, el construir la feminidad implica consagrarse a la maternidad, dejando a lado otros deseos.

El psicoanálisis es una disciplina en continuo desarrollo; nos ha enseñado, que no existe un solo tipo de sexualidad, de heterosexualidad u homosexualidad; no plantea una sexualidad canónica, estática o determinista, el psicoanálisis, por el contrario, propone sexualidades varias, heterosexualidades diversas, así como homosexualidades particulares. ¿Por qué no pensar también en una multiplicidad de formas de vivir la feminidad? En este sentido Freud, planteaba una particular forma de entender la vida sexual adulta: “Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un dark continent (continente oscuro) para la psicología” (199) [8]

Seguramente, entonces, al pensar esta vida sexual de la mujer y figurarla como todo un continente oscuro, no podríamos considerar que esta pueda entenderse como un

terreno diáfano y homogéneo, es mucho más probable que éste se componga por una intrincada cartografía, conformada por una gran diversidad de territorios salvajes y exuberantes paisajes.

¿De qué goza?

Wechsler plantea que hay “dos posiciones que atraviesan las mujeres con respecto al hombre y la incógnita sobre la otra mujer” (48) [2]. ¿Qué pasaría si Lilith eventualmente toma el lugar de Eva? Podría tener posiblemente un duelo imaginario con sus compañeras demoníacas, por haber perdido el poder de la libertad antes conseguido. Aparecen algunas preguntas nuevamente: ¿Qué poder? ¿Se lo dieron? ¿Lo obtuvo? ¿Lo descubrió? [2]. Por otro lado, Eva puede cuestionarse ¿goza con y de ese hombre, goza en ellos? o ¿a través de ellos? ¿Una mujer que hace gozar de la sexualidad, goza en ello? [2] ¿de qué otra forma se puede gozar sino es a través de los hijos y un esposo? Seguramente Eva no sabe que lo sabe, pues aun siendo una extensión de Adán y sometida a Dios, se atrevió a comer del fruto prohibido, ese fruto tentador que algo debió brindarle, nuevo o placentero, que su castigo fue desde ese momento una pena no compartida con su hombre, el de parir con dolor a los hijos de Adán. Es entonces Dios, que es masculino el que castiga a la mujer con un dolor para él imposible de conocer, sólo Eva nos podría explicar por qué ese dolor que es parte de su realización y su sexualidad, es parte crucial de su búsqueda de completud, dolor intenso que se presenta en dos momentos cruciales, su iniciación sexual a través de la ruptura del himen y su iniciación como madre en el alumbramiento, dos momentos de exclusiva reafirmación de la feminidad que se paga con dolor.

Metafóricamente se podría entender el fruto prohibido como el verdadero deseo de Eva, que fue mucho antes de ser madre, o ¿es el deseo del Otro?.

Si el deseo de Eva no era entonces ser madre, podríamos preguntar si su deseo era solo el de servir a Adán, ¿sería a través de eso su goce? ¿sería acaso gozar como Lilith y al mismo tiempo el de ser esposa?

Hay un dicho coloquial que dice: “Los hombres quieren una dama en la mesa y una puta en la cama”, ¿cómo se puede entender eso?, ¿son dos mujeres? O una mujer ideal quien puede representar los dos papeles, por otro lado, ese dicho: ¿lo elabora un hombre? ¿Lo propone una mujer? ¿Quién atestigua que eso es lo que quieren los hombres? Nuevamente nos encontramos que frente a la manifestación popular nos queda el cuestionamiento de la verdad sobre lo dicho, tengamos presente lo que el psicoanálisis entiende acerca del chiste, los refranes y los dichos populares.

Pareciera que Lilith en su naturaleza no tendrá conflicto con que sepan de su liberación, sin embargo, habría que pensar hasta dónde está dispuesta a llegar por el amor, podremos considerar la posibilidad de que por amor a Adán podría recatarse y someterse al deseo del Otro, resignándose a convertirse en una Eva y ahora con miedo de que él busque lo que en ella encontraba en un principio en otro lugar.

Dio Bleichmar señalaba en 1997 [6] la existencia de un “código masculino-voyeurístico femenino-exhibicionista” (376), en donde menciona que mostrarse y darse al goce de la mirada del hombre es un rasgo de feminidad indiscutible, ya que, cuanto más bonitas y lindas las niñas más provocan ser miradas, llamar la atención, logrando así una pronta interacción. ¿A qué mujer no le gusta ser mirada? Entonces, es legítimo preguntar: ¿a qué mujer? ahora, si es la mirada masculina la que libidiniza la sexualización de la niña, ¿qué tan crucial es esta como pasaje necesario para la mujer?; acción transitoria que discurre de la mujer deseada a la mujer deseante. Se podrá interrogar también el papel de la madre respecto a la mirada y la libidinización, lo que podemos responder desde las posturas de constitución del Yo, de lo femenino y de lo deseante es plantearnos que la mirada de la madre permitirá una organización y cualificación estructural de la realidad para la niña, recordemos su función como Tesoro de Significantes [10], que unificará el cuerpo fragmentado de esa niña para constituirlo como sujeto, pero si la mirada de la madre libidiniza es porque en ella habita el Significante del Nombre del Padre y que éste impondrá su ley [11] de manera que precisamente la madre tendrá, por un lado, que retirar toda mirada que convierta a su hija en objeto absoluto de su deseo, principalmente deseo de reintegración, pero también sexual, y por otro, dar

pauta a que esta mirada de deseo sea reconocida por la niña en los otros representantes masculinos. Así, se contempla la posibilidad de que esto no se cumpla a partir de una constitución elaborada desde una madre perversa, con todas sus consecuencias.

Amor, Deseo y/o Pasión

Freud [3], en el interesantísimo texto de 1912 “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa”, plantea de manera brillante una distinción sobre las formas en que es vivenciada la sexualidad entre hombres y mujeres. El artículo nos permite entender que mientras una mujer puede ejercer la sexualidad en cualquier momento, incluso sin tener interés por realizar el acto sexual, el varón estará sujeto de su deseo, de manera que el hombre no podrá ejercer su sexualidad, si el acto es ajeno a su voluntad, consciente e incluso siempre y cuando el inconsciente no juegue en contra de la realización misma del acto. En la actualidad, esto ha querido ser desmentido al plantear la posibilidad de que al varón se le pueda obligar químicamente a tener una erección, por ejemplo, con el uso de sildenafil o tadalafilo (viagra), se debe aclarar que dicho compuesto no tiene una función afrodisíaca, si bien sus mecanismos facilitan la erección, se aclara que no la provocan, el varón tiene que contar con suficiente estimulación y en un estado de ánimo adecuado para que esta se produzca, es decir requiere deseo [12]. Con lo anterior, debemos entender que el varón requiere de poner en acción una diversidad de mecanismos psíquicos para el ejercicio de su sexualidad, entre ellos, podemos considerar que necesita “parcializar” su objeto de deseo para lograr la excitación suficiente. ¿A qué se refiere esto? A que el hombre necesita ver elementos parciales que conviertan a un objeto en objeto de deseo, así podemos entender que a un varón le guste alguien por “sus piernas”, “su rostro”, o “su busto”, y que esos sean los elementos que considere sexualmente deseables y le permitan ejercer su sexualidad, a diferencia de la mujer, que si bien, claro está, le puede gustar también algún elemento específico de alguien, ella, como se dijo anteriormente, puede ejercer su sexualidad aun no habiendo ningún elemento que le parezca atractivo. Esta particularidad en el varón nos permite observar una situación que confirmamos en la

clínica y en la vida cotidiana, el que algunos hombres pueden ejercer su sexualidad con toda normalidad con amantes, pero no con esposas. No, no hablamos de que “prefieran” ejercerla con unas que, con otras, hablamos de que quedan impotentes frente a unas, mientras son perfectamente funcionales frente a las otras. De acuerdo con el texto freudiano de 1912, arriba mencionado [3], el varón tiene que poder “degradar” psíquicamente a su pareja para poder sexualizarla, de manera que, en el momento que aquella novia a la que se le amaba con ímpetu se convierte en esposa y más aún en madre, la vida sexual de la pareja disminuye o se vuelve nula, ¿qué tiene que ver la degradación con esto? Aquí es importante retomar la idea de las parcializaciones, pues cuando el hombre ama a su pareja de manera unificada, viendo en ella una beatífica áurea de esposa o la santidad de su maternidad, queda en él la sensación de tener que amarla tiernamente, amar su esencia, pero no desear su cuerpo, reminiscencia obvia del destino edípico, mientras que el amor carnal quedará exclusivo para otra mujer de quien gusta su cuerpo, a veces en exclusiva, como es el caso del sexo con prostitutas, ese cuerpo el cual puede ser parcializado y por tanto abordado como objeto sexual, de manera que podríamos pensar que el amor sexual entre Ádan y Eva disminuyó en forma directamente proporcional a su santificación como la pareja.

Queda expuesto, entonces, el conflicto de la vida erótica del varón, separada en dos direcciones, por un lado, el amor casi divino sentido por la esposa, y por el otro, el amor casi animal con el que toma a esa otra mujer. De esta forma podemos plantear que es el hombre quien divide a la mujer en dos grupos, el de esposas, mujeres recatadas, Eva y el mujeres sexuales, Lilith, mientras que ellas, también se asumen en alguna de las categorías: ¿al deseo de quién se alienan?, ¿qué meta pulsional persiguen ellas?

Cuando en la clínica se observan estos casos, no deja de ser intrigante el escuchar cómo hay hombres que parecen entender como natural una feminidad dividida, que piensan que la mujer si es materna no puede ser sexual y viceversa, tal es el caso de los hombres que deben tener una amante para “proteger” a sus esposas de ser tratadas por ellos mismos como objeto sexual, o, protegerlas de no contaminarse o contaminarlas de un espacio sexual pensado como ajeno del hogar, espacio con

diferencias que brinda el trabajo, las actividades que no son en común, pues parece que podría despertar interés en ello, poniendo en riesgo la rutina ya establecida en casa o con la familia, por otro lado, la amante podría ser una otra sexual más allá de lo coital, podría ser también, por ejemplo, una “amante” en contexto intelectual, mujeres que atraen su atención con temas de interés en común del trabajo, de temas que no son de hijos y arreglos en casa, en donde la conversación se puede desarrollar por horas, cosa que con sus esposas podría ser diferente, tanto en escucha como en desemboque del tema, no es extraño el gran éxito que por cientos años han tenido las Geishas.

Qué sensación de peligro despierta en el hombre aquellas mujeres que no parecen necesitarlos, que parecieran independientes en el ejercicio de su sexualidad, que no permiten sometimiento, peligrosas, pero tentadoras. Y en el otro lado de la moneda: ¿qué sensación de tranquilidad representa para el hombre la imagen de la esposa casta? Así, argumentan amar a su esposa, pero buscan en la otra mujer algo “más”. Sin embargo, ¿qué es eso más que creen que podrán obtener? Esas segundas mujeres también plantean su malestar, cuando confiesan que sus parejas, esos hombres que les dan regalos, con quien tienen encuentros maravillosos, y que continuamente entre susurros les dicen: “Si tan solo no estuviera casado”, mientras ellas se cuestionan, se debaten, a veces incluso dolorosamente, porque también hay que decirlo y se preguntan: “¿Por qué no la deja? ¿qué me falta, qué tiene ella que no tengo yo?”. Pareciera que esas esposas le dan algo ante sus ojos, nuevamente ese “más”. La duda aquí también es: ¿Por qué estas mujeres no dejan a esos hombres comprometidos con otra? ¿Qué encuentran en ese lugar en el que permiten ser colocadas, por qué no se van?

Finalmente, sabemos que la feminidad no se agota en esa dicotomía, pues ajenas al deseo del hombre, están esas mujeres cuyo deseo no es en primera instancia hacer pareja como esposa o como amante, sino está en sus metas profesionales, personales, en ellas mismas y, después de eso, es posible que consideren la posibilidad de la pareja o de los hijos, pero hay que dejar algo en claro, vivirse ajena al deseo por un

hombre no la hace dejar de ser mujer. Frida Kahlo decía “Enamórate de ti, de la vida. Y luego, de quien tú quieras”.

CONCLUSIÓN

Hablar de la feminidad desde la experiencia psicoanalítica plantea interrogantes y problemáticas complejas en una multiplicidad de caminos. Desde los aportes teóricos hasta lo que puede aplicarse en la práctica clínica, nos permite hacer reflexión sobre el amplio recorrido que ha hecho el psicoanálisis sobre las particularidades del psiquismo femenino, afirmamos que se trata de una relación donde se ponen en juego las teorías sobre la diferencia sexual y la vivencia de esta sexualidad; vivencias desarrolladas en el matiz de la historia de cada mujer.

El recorrido hasta aquí planteado permite considerar cómo las mujeres podrían vivir su feminidad de manera dicotómica entre dos posturas que se oponen entre sí, pues algunas mujeres se disputan entre esos dos lugares: ser la mujer materna, tierna y querida, o ser la mujer sensual y deseada. Estas mujeres al igual que las histéricas parece que nunca están conformes, desean otra cosa, no algo más, algo de lo que no tienen, lo que creen que no tienen, ese misterio que creen que otra posee, la respuesta a su interrogante: ¿qué es ser mujer? Y la cuestión entonces, no sólo es, sobre el lugar de la otra, sino eso con lo que la otra goza. Pareciera que cada una se reservara celosamente un secreto que no quieren compartir con la otra, pero en realidad, no hay ninguno, ambas poseen las dos posiciones, en las dos existe lo sensual y lo tierno, lo que sucede es que están escindidas.

La mujer contemporánea, ¿puede seguir genuinamente su deseo como Eva al comer el fruto prohibido y como Lilith no someterse? ¿Alguna vez habríamos pensado que Eva y Lilith son una misma mujer, que en la historia parecen distintas, con deseos diferentes, pero que en realidad abrazan un mismo cuerpo, una misma psique? Hay mujeres que no se viven en esas dicotomías, mujeres que gozan su maternidad y su sexualidad,

que desean y logran ambiciosamente tanto como un varón, pero lo hacen desde su lugar de féminas, de madres, de mujeres.

Por el momento, hemos cuestionado un poco acerca del lugar que ocupa la mujer, si es necesario colocarla, y, colocarnos propiamente en un lugar va a permitir abrir la posibilidad de posicionarse en ambos lados, que las diferentes formas de gozar pertenecen a ambas. Sin embargo como también hemos mencionado en el texto la mujer no es dicotómica pero tampoco son dos, en la afirmación de Lacan “la mujer no existe” nos permite la posibilidad de que la mujer sea diversa y no constituirse sólo por la excepción que confirme la regla, no hay una mujer, hay mujeres, todas con su particular deseo, algunas más manifiestas, algunas más reprimidas, madres y amantes, pero también hijas, sobrinas, nietas, abuelas, de todos colores, no son gama de grises y con todas ocupaciones, con intereses diversos que por mucho exceden al interés limitante por un hombre, todas deseables, todas deseantes.

Tentativamente, podemos decir que ser mujer, es ocupar más que el lugar en donde la coloque el hombre y que el deseo no se define desde una sola óptica. Habrá que seguir buscando respuesta a las demás interrogantes planteadas y sobre todo seguir planteando más preguntas que de eso se constituye la ciencia y el psicoanálisis, para así brindar más luz al continente negro de lo femenino, de la sexualidad, la mujer, de la feminidad, continente que muchas veces nos sabe a universos enteros.

BIBLIOGRAFÍA

[1] FREUD, S. (1925) Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2001.

[2] WECHSLER, E. & SCHOFFER, D. (1998) La metáfora milenaria. Una lectura psicoanalítica de la biblia. Madrid: Biblioteca Nueva.

[3] FREUD, S. (1912). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. O.C. Tomo XI, Buenos Aires: Amorrortu, 2001.

[4] DE LA PAVA, A. (2006) ¿Qué es una mujer...para el psicoanálisis? El jardín de Freud.

Recuperado de: Chrome-extension://dagcmkpagjlhakfdhnbomgmjdpkdklff/enhanced-reader.html?openApp&pdf=https%3A%2F%2F Dialnet.unirioja.es%2Fdescarga%2Farticulo%2F2923307.pdf

[5] MOREIRA, C. (2011) Consideraciones sobre lo femenino y lo real en psicoanálisis. Psicol. Estudio. 16 (1) 149-156 Recuperado de: <https://www.scielo.br/j/pe/a/SGBT3hbfBTd8GgNnGvPXHzK/?lang=pt>

[6] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.

[7] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en las mujeres. España: Biblioteca nueva

[8] FREUD, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. O.C. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu, 2001

- [9] LACAN, J. (1958): La significación del falo. Escritos 2. México: Siglo XXI, 2009.
- [10] EVANS, D. (1996). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires: Paidós. 2007.
- [11] DÖR, J. (1985) Introducción a la lectura de Lacan: El inconciente estructurado como lenguaje, México: Gedisa, 2000.
- [12] BELTRAN, M., SANDOVAL, J., PULIDO, T., (2015), Inhibidores de fosfodiesterasa-5, Arch. Cardiol. Méx. vol.85, n.3 [citado 2023-07-14], pp.215-224. Disponible en: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-99402015000300007&lng=es&nrm=iso>. ISSN 1665-1731.